



Bonavia



DRAGAN VELIKIĆ

*Traducción del serbio a cargo de
Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek*



IMPEDIMENTA



Título original: *Bonavia*

Primera edición en Impedimenta: marzo de 2017

© Dragan Velikić, 2012

Copyright de la traducción © Tihomir Pištelek y Luisa Fernanda Garrido

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2017

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Nerea Aguilera

Corrección: Susana Rodríguez

ISBN: 978-84-16542-80-2

Depósito Legal: M-8311-2017

IBIC: FA

Impresión de sobrecubierta: Frampa

Impresión de cubierta e interiores: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Sanja

De vuelta a la escena del crimen, se dice a sí mismo. Si los pensamientos fueran visibles, ¿se armaría una buena!

Ella está sentada a su lado. Pensativa y ausente.

El taxi ha girado por la empinada calle Mikó, en dirección a la fortaleza. Las copas de los árboles recién reverdecidas conservan el frescor matutino, pese al sol de abril inusualmente cálido.

—Aquí vivió antiguamente Sándor Márai. —Al instante se lamenta de haberlo dicho. Marija le lanza una mirada cortante.

—¿Y a mí qué me importa? Además, ¿quién es ese Sándor Márai?

—Un escritor húngaro...

—Yo creía que era japonés.

—¡Qué graciosa! Te di sus diarios hace dos años... No, te los di hace más de tres...

—Lo recuerdo, un rollazo de tomo y lomo. De los que a ti te gustan. Cada mes te buscas un nuevo refugio. No construyes nada propio. ¡Ese eres tú!

—No exageres. —Se defiende instintivamente, sin pensar que ella exagera.

El taxi pasa la rampa, tuerce a la derecha y luego a la izquierda. Una hilera de fachadas arregladas, casas bajas con geranios en las ventanas. Desfilan restaurantes, cafés, tiendas de recuerdos. Al fondo de los anchos portales se vislumbran los patios interiores. Marko está sentado al lado del conductor. Devora con la mirada cada detalle. Marija reconoce su emoción. Siempre es igual donde quiera que el viaje los lleve. Conoce incluso sus pensamientos en ese preciso instante: qué maravilloso sería ocultarse en este sueño. Acurrucado en esta madeja de encantamientos y banalidades. Ojalá que durara eternamente, sin principio ni final.

La escena de aldea de cuento adormilada se desvanece repentinamente cuando desembocan en la plaza. El taxi da una vuelta en círculo y se para delante de un majestuoso edificio. En la prolongación de la plaza, la catedral, y justo enfrente, bajo una luz blanquecina, se extiende la inabarcable Pest.

—El antiguo Ministerio de Finanzas. —No puede evitar jactarse de sus conocimientos, aunque lo haga a media voz. Marija sonríe. Él sabe que lo ha perdonado, que el entusiasmo del momento largamente añorado ha prevalecido. Echa un vistazo a la plaza. En la expresión de su rostro ve satisfacción. Es otra vez la Marija de hace seis años, aquella que conoció en la cola de visados delante del consulado húngaro en Belgrado. A duras penas se contiene para no comentar su mirada hacia el fondo de la calle, al otro lado de la plaza, con las palabras: *Allí al final está el café Miró. ¿Te acuerdas?*

¿Cómo no iba a acordarse? Se encontraron aquella sofocante tarde de septiembre en la plaza Vörösmarty, en el café Gerbeaud. Marija había acompañado a una amiga que viajaba a Estados Unidos, regresó al hotel y se dejó caer en el sillón. Toda su vida se había detenido formando un grumo de angustia que se expandía desde el estómago. Quería llorar, pero no podía. Una habitación asfixiante, barata, en las inmediaciones de la estación Keleti, a la que tres días antes había llegado en tren. En su lugar, él habría memorizado no solo el nombre y la dirección del hotel, sino que se acordaría también de la cara del recepcionista, de a qué hora servían el desayuno, del banquito en el ascensor, del color de las toallas, de los escaparates de las tiendas cercanas, del cartel con el horario en la parada del tranvía. Y también sabría inequívocamente cuándo salía el último. Se lo comunicaría con una sonrisa triunfal, una sonrisa que decía que a él nada puede sorprenderlo, que medita cada uno de sus pasos, protegiéndose de las incertidumbres que acechan a los desprevenidos e incautos. Es en la calle donde se siente más seguro, en el entramado de líneas de tranvía, en los transbordos alocados y las repentinas decisiones de coger justo este itinerario para poder tomar una cerveza en el restaurante que alguien, irrelevante para Marija, había frecuentado quién sabe cuándo. ¡Un tipo increíble! Tan diferente de aquellos con los que ella había despilfarrado su juventud, sin reflexionar, como suele hacerse a esas edades y, ciertamente, como él nunca había hecho. Pero ese no era el problema, sino la satisfacción y el orgullo indisimulado, la casi irracional felicidad con la que él eludía el espacio que debería haber sido la vida misma. Lo había sospechado desde el primer día y, sin embargo, se había quedado a su lado todos estos años, con la esperanza de

que la relación superara pruebas a veces difícilmente imaginables.

El Ministerio de Finanzas, repitió en su fuero interno mientras lo observaba pagar al taxista y coger apresuradamente las cosas del maletero. Como si siempre llegara retrasado a algún lugar, con la frente ya bañada en sudor. Estaba segura de que también se acordaría de este momento. Tarde o temprano le preguntaría si recordaba al hombre gordo de camisa desabrochada. ¡Oh, sí!, la escena ya se había alojado en un resquicio del día siguiente. Él lo hacía sin cesar, se entretenía obsesivamente con tonterías que formaban el contenido del olvido inmediato. No solo las recordaba, sino que las cuidaba con mimo, las regaba como a una planta rara. Había tejido una red de sandeces y trivialidades, que con los años se volvía cada vez más densa e impenetrable, y dentro de la cual él mismo se enredaba. Jardinero de oportunidades perdidas.

En el imperial vestíbulo de mármol del hotel Kulturinnov no pudo por menos que mencionar que ya no estaba la alfombra roja en la ancha escalera.

—Tal vez la están limpiando —respondió Marija.

—No creo. No se lleva un rollo de veinte metros a la tintorería...

Ella se detuvo de repente. Él también, con una maleta en una mano y el bolso de viaje de ella en la otra.

—Marko, ¿quieres que nos pongamos a adivinar ahora lo que le ha pasado a la alfombra? ¿De verdad no ves toda esta belleza? —dijo, y levantó la mano señalando las altas ventanas de la época modernista, que miraban hacia un patio interior—. A veces pienso que no tienes ni una pizca de sensibilidad.

—No, cariño, mi problema es que tengo tanta que me pierdo entre todas las sensaciones que me rodean —intentó bromear él.

—Solo te entusiasmas con tonterías.

Con un suspiro de resignación, ella se dirigió por la escalera hacia la recepción, en la primera planta. En el alargado pasillo, tras el mostrador, esperaban dos empleadas uniformadas. Pertenecían a los tiempos en los que una planta del edificio había sido convertida en hotel, probablemente a principios de los años sesenta del siglo pasado. Lo pudo deducir por el diseño de los muebles, por el desgaste bien mantenido, conservado con una limpieza diaria. Pronunció para sus adentros esta observación como si la dijera Marko. Y no estaba enfadada, al contrario, cada vez que se sorprendía a sí misma utilizando una frase que provenía del inventario de él la inundaba una ternura inesperada. A veces se preguntaba si esto significaba que se conformaba con el estado actual. ¿Se había dado por vencida? Por supuesto que no. Él seguía tocando cada fibra de su ser. Esta plenitud que sentía gracias a él era lo que probablemente podía llamarse felicidad: un estado de embriaguez con el que uno acaricia todo lo que ve, y lo que esta mirada abarca irradia una tranquilidad y una satisfacción que se extienden a todo el entorno. Es cierto, constantemente estropeaba con tonterías los momentos en que había que estar callado y respirar. Se vanagloriaba de cosas que cualquier persona normal silenciaría. En estos absurdos malentendidos aparecía un Marko constituido de banalidades, una suerte de bastidor tambaleante encorsetado en las tramas pequeñoburguesas. No obstante, a cada ola de enfado y rabia le sucedía irremediabilmente una ola de amor, borrando todo equívoco, toda sospecha de que él no era el

verdadero. ¿El verdadero? ¿Qué significaba eso? Una estupidez. Lo cierto era que él la llenaba.

Las empleadas de la recepción les sonrieron a la vez. Marija se aproximó a la ventana. Allí, en la plaza cuyo nombre nunca había logrado memorizar, se habían besado aquella calurosa noche de septiembre. Salían del café Miró. Ella andaba a su lado como embriagada. La angustia de aquel día terrible en el que había acompañado a su amiga al avión, la soledad y el tedio de la habitación del hotel a la que había vuelto, el vacío y el mutismo en los que se había transformado su alma, todo esto había desaparecido de repente.

Había empezado de una manera completamente inesperada, ese mismo día, con el timbre de su teléfono móvil. Un número de Belgrado, desconocido; dudó unos instantes si contestar, y luego aceptó la llamada. Una cascada de palabras que soltaba una voz agradable. Despacio se abría paso en su mente la imagen del hombre que había guardado cola tras ella en el consulado de Hungría. Sí, sí, lo recuerda. Pero ¿de dónde ha sacado su número? ¿Del formulario que sujetaba en la mano? Se rio. ¿Cómo que dónde está? En Budapest. No sabe el nombre de la calle, pero sabe que está cerca de la estación Keleti. ¿Que tomen un café? ¿Dónde está él? Él también está en Budapest. Reflexiona unos instantes. Sí, sabe dónde está la calle Vaci. ¿Cómo? La plaza Vörösmarty. Le cuesta memorizar nombres. Mira el reloj. De acuerdo, a las cinco en la plaza, junto al Gerbeaud. ¿Vörös..., cómo ha dicho? Plaza Vörösmarty.

En el camino al Gerbeaud, durante el breve viaje en taxi —porque había cogido un taxi como hacía siempre, sin seguir las explicaciones y consejos acerca de cómo llegar al destino con los que él la abrumó al final de la conversación—,

Marija sintió la misma emoción que si hubiera recibido la llamada de alguien muy muy querido. Naturalmente, la aparición de este desconocido de la fila del consulado húngaro no era más que un salvavidas arrojado a un remolino de un día terrible que había que alejar cuanto antes del momento presente, empujarlo por el despeñadero del olvido.

Lo divisó en cuanto salió del taxi y cogió la calle lateral que según el taxista llevaba al Gerbeaud.

—Sabía que pararía aquí, más allá es zona peatonal —dijo tendiéndole la mano.

—¿Es que de cualquier dirección de la ciudad se llega precisamente aquí?

—Otra posibilidad es acceder por el lado del Danubio, pero yo estaba casi seguro de que usted vendría por este lado. Sabía que iba a coger un taxi.

—¿Por qué lo sabía?

—Ni me escuchó cuando intenté explicarle cómo llegar en metro...

—¿En metro, en una ciudad desconocida? No me haga reír. A duras penas me oriento en Belgrado.

—Pero la mejor manera de conocer una ciudad es recorriéndola en tranvía, autobús, metro...

—Ya le he dicho que ni siquiera he logrado conocer bien Belgrado, y vivo allí desde que nací... Además, tampoco tengo demasiado interés en conocer Budapest. Al menos no esta vez.

—No me refería a turismo...

De qué estamos hablando, pensó. Debería haberme quedado en el hotel. Tengo que quitármelo de encima cuanto antes.

Pero no solo no se lo quitó de encima, sino que, después del café en el Gerbeaud, aceptó con mucho gusto su

propuesta de ir a cenar al café Miró en Buda. Él insinuó discretamente que muy cerca, justo enfrente, estaba la parada del autobús número 16, la manera más rápida de llegar a la plaza principal de Buda. Mencionó también el nombre de la plaza. Ella sonrió para sus adentros. ¿La manera más rápida? ¿Acaso está loco? Le dijo que todos los días iba en el número 16 desde el barrio de Karaburma, donde vivía, al centro de Belgrado. Y enseguida se asombró a sí misma por haber pronunciado semejante frase. Eso no le había ocurrido antes. Cosas así simplemente no existían para ella. Recordar las líneas de transporte público, las direcciones de hotel, pararse cada tres esquinas, evocar, aconsejar. ¡Qué personaje! Sin embargo, algo en él la atraía, no había duda. Poco a poco se iba sintiendo más próxima a ese hombre que, proporcionando informaciones aparentemente absurdas, construía un orden superior y establecía vínculos inexistentes a primera vista.

En el trayecto hacia Buda, durante un cuarto de hora de viaje en el autobús 16, Marija se enteró de que Marko Kapetanović no tenía profesión. Había cambiado los estudios de Medicina que había empezado por los de Filosofía, para al final licenciarse en Literatura Universal Comparada. Esto lo supo de paso. Mucho más importante era que en algún lugar «exactamente detrás de esta plaza» había un taller de reparación de máquinas de escribir. Sí, había vivido cierto tiempo en Budapest. Baja el telón. No dice por qué ni cuándo ni con quién. Pero ofrece el dato extravagante de que su tío había tenido en la calle 29. novembra un taller de reparación de máquinas de escribir.

—Usted pasa todos los días al menos dos veces por delante del taller, cerca del restaurante Bled.

—¿Cómo?

—El 16 pasa por allí.

—Ah, sí. Es cierto.

—Precisamente delante del taller hay una parada.

—Qué interesante. ¿Su tío venía a Budapest para visitar a la competencia?

—Ni una vez, nunca le gustó viajar.

Ya le resulta familiar su amplia sonrisa. Se abisma por completo en ella. Hace apenas dos horas que están juntos y parece que hubieran pasado días.

—¿Tiene algún dato más sobre su tío?

—Se podrían escribir libros enteros. Yo me he criado con mis tíos. Mi madre murió al darme a luz. Mi padre se fue a Austria. Lo veía muy de vez en cuando.

Así que de esto se trata. Ha crecido en una casa de muñecas. Lleva toda su vida en el bolsillo. Un teatro ambulante. Cuenta que su tío grita a las cosas. Cuando tiene prisa y las cosas no le obedecen porque, digamos, el botón de la manga de la camisa no quiere abrocharse o el cordón del zapato tiene un nudo imposible de desatar, discute, enloquece, tira las cosas al suelo. Y entonces una voz diferente, contraria a su voluntad, declara que de pequeña conservaba en los bolsillos las entradas de cine usadas.

Marko le lanza una mirada cómplice.

—Yo también lo hacía. Guardaba no solo las entradas de cine, sino cualquier papelito que me llegaba a las manos. Aún hoy día me cuesta liberarme de los embalajes. Tardo mucho en tirar las cajas de zapatos.

—¿Por qué no coge una bolsa? ¿Para qué necesita una caja de la que tanto le cuesta desprenderse?

Otra vez digo tonterías. ¿Cómo he llegado aquí, a este seminario sobre embalajes?

El autobús desaceleró, doblando las cerradas curvas del acceso a la fortaleza.

—Bajamos en la siguiente parada. Vamos a acercarnos a la puerta.

Él insistía en salir por la puerta delantera, y ella dejó la averiguación de esta estrategia para hacerlo para otra ocasión. Pero se rio en el acto para sus adentros: difícilmente habría otra ocasión.

En la plaza, junto a la iglesia, una muchedumbre se apiña alrededor de un joven de piel morena con rostro indescifrable. Delante de él, en la acera, tres cajitas de cerillas sobre un trozo de fieltro verde. Encorvado sobre ellas, el joven las mueve hábilmente. Una bolita desaparece debajo de una de las cajas. A su lado están dos tipos que se le parecen. Da la sensación de que discuten entre sí. Su víctima, un japonés, pierde rápidamente un billete de diez mil florines. Enseguida otra persona de la multitud acierta al elegir la cajita con la bola debajo y se lleva diez mil florines. No parece que haya trampa ni cartón, de manera que una nueva víctima, otro turista, decide entrar en el juego.

—En Belgrado hace años que esto no cuela —dice Marko—. Pero aquí arrasan. Y en Viena, aún más.

—También ellos tienen que vivir de algo —reacciona Marija.

—¿Del timo?

—Si los únicos que timan son los trileros, entonces realmente vivimos en el paraíso.

—No soy nada tolerante con estos asuntos. ¿Sabe usted que en Viena el número de robos en las casas se ha duplicado

desde que los rumanos y los búlgaros pueden viajar libremente por el espacio Schengen? Hay trileros por doquier. En el metro pululan cuadrillas de carteristas.

—Ah, qué pena me dan —dice Marija, sonriendo.

—¿Es usted de izquierdas?

—Más bien partidaria de la lógica. Simplemente se trata de un intercambio de capital. ¿Quién fuerza las casas de quién? ¿Ha visto usted alguna vez las miradas de la gente a la que un idiota de uniforme echa arbitrariamente del tren?

—¿Me lo cuenta a mí? Hace más de diez años que viajo por esta región y sé de sobra de qué habla.

—Entonces, ¿por qué se preocupa tanto de aquellos que han levantado el muro de Schengen? Que paguen al menos un tributo. El pecado se hereda. Uno no puede redimirse sin más.

—Pero algunas reglas deben existir.

—El problema es precisamente que solo existen algunas reglas. Y, cuando solo existen algunas reglas, entonces, por supuesto, aparecen los trileros y los carteristas, un bestiario entero que merodea por estas tierras que usted conoce tan bien. ¿Y por qué está recorriendo esta zona?

—Escribo un libro sobre Europa del Este.

—¿Qué tipo de libro?

—Consejos prácticos, cómo la gente puede evitarse disgustos.

—¿Está bromeando?

—En absoluto.

—¿Usted realmente cree que los disgustos pueden evitarse? ¿Qué clase de disgustos? ¿Que alguien lo desvalije?

—¿Sabe que en las carreteras de Hungría y Ucrania operan policías falsos? En Budapest acechan delante de los hoteles

a los extranjeros y, simulando ser agentes, les piden la documentación y...

—Sí, he oído cientos de veces estas historias. ¿Y qué puede hacerse? ¿Podrá evitar que haya impostores? No me parece posible.

—En casi todas las guías de Budapest hay una lista de consejos y advertencias...

—¿Cómo evitar caer en la trampa de los impostores?

—¿Y qué hay de malo en ello?

—No hay nada malo, solo es absurdo. Y, además, usted parte de ellos, de los pequeños rateros que no son más que una consecuencia de la impostura a niveles mucho más elevados.

—Si ya decía yo que usted es de izquierdas.

—¿Y usted quiere crear un mundo sin disgustos? A mí no me gustaría vivir en un mundo ordenado de esa manera.

—Exagera. ¿Y si volvemos a la plaza?

—¿Por qué?

—Para que intente adivinar dónde está la bolita.

—Oye, tú... —dijo, deteniéndose un instante solo para ver qué efecto provocaba el paso al tuteo. Marko se rio y la cogió de la mano—. Yo sé muy bien que lo de la bolita es un engaño. Pero estamos rodeados de bolitas. Cuando entras al banco para abrir una cuenta, cuando las aseguradoras te prometen descuentos, cuando vas a votar, ¿acaso no son bolitas escondidas en la manga? Yo no tengo nada en contra del orden, pero no aguanto la hipocresía. Limpiaremos la calle de carteristas para continuar con los triles a un nivel más alto. Por culpa de la bolita tú y yo aguantamos colas delante de los consulados. El puto visado es la bolita que intentamos pillar.

—¿A ti te gustaría suprimir la bolita?

—Para empezar, me basta con no engañarme a mí misma creyendo que esta bolita de la calle es la única. No es más que la última de una larga serie. Cuando desaparezcan de la administración, de los acuerdos bilaterales, de la alta política, tampoco las habrá en la calle.

—Creo que tienes razón, solo que habrá que esperar unos dos mil años. Hasta entonces, ¿qué tal si cenamos?

—Ahí está el Miró —dice Marija al ver en la esquina un café con una amplia veranda—. Un lugar precioso. Es verdad que conoces bien la ciudad.

Se sentaron casi pegados a la luna del café, pero el cristal estaba levantado, de modo que prácticamente estaban en la plaza.

—¿Cuánto tiempo te quedas en Budapest? —preguntó él.

—Mañana regreso.

—Qué pena. Te podría haber enseñado la ciudad.

—No he venido para hacer turismo. Acompañé esta mañana a una amiga que se iba a Estados Unidos.

—¿Qué tipo de amiga es esa que uno acompaña incluso hasta Budapest?

—El problema reside más bien en el tipo de partida.

—¿Qué significa eso?

—Significa que... —A Marija le tembló imperceptiblemente el mentón, por lo que esperó un instante para recuperar el equilibrio—. Significa que es una de las que se marchan para siempre. Aparte del apoyo moral, también necesitaba ayuda con las maletas. Y yo he aprovechado, supongo, la ocasión para salir un poco de ese estado-prisión. ¿Y qué pasa contigo?

—Yo me acompaño a mí mismo.

Marija se rio.